

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PUNTOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 19 rs. al mes y 54 trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Bailly-Baillière, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

PARTE EXTRANJERA.

Según los despachos telegráficos de la Agencia Havas que ayer publicamos, Austria ha rechazado definitivamente las condiciones propuestas por Prusia para la aceptación del armisticio, y está decidida a continuar energicamente la guerra.

Esta resolución, tomada en un consejo de ministros celebrado solemnemente en presencia de la familia imperial, es, sin duda alguna, la única que podía esperarse del Imperio austriaco en las actuales circunstancias. Aunque se tratase de un país en cuyos gobernantes estuvieran más apagados los sentimientos de dignidad y de amor a la patria, nadie podría imaginar que se rebajara al punto de pasar por las condiciones humillantes que quería imponerle el vencedor. Austria sabe mejor que nadie cuáles son las consecuencias de la aceptación de aquellas: pierde territorio, pierde influencia en Europa, influencia en Alemania. ¿Qué más puede sucederle si la suerte de las armas sigue favoreciendo a Prusia? De todos modos, vale más pelear con gloria, que transigir con ignominia.

Tal vez a la hora en que escribimos estas líneas, quinientas mil bocas de fuego estarán sembrando de cadáveres y regando de sangre las orillas del Danubio, en las inmediaciones de Viena. ¿Quién sabe si un esfuerzo supremo cambiará de repente la faz de las cosas y trocará a los vencidos en vencedores? ¿Quién sabe si los ejércitos derrotados en Sudowa, instigados por el honor militar e inflamados de patrio amor en momentos tan supremos, marchando denodadamente a la victoria o a la muerte, conseguirán romper las filas enemigas y obligarlas a una retirada? Pues si tal hicieran, ciertamente la situación de los prusianos sería muy comprometida. Colocados en el centro de un imperio enemigo cuya población cobrará aliento, tendrían que luchar en su regreso con un formidable ejército, que, a no dudarlo, iría en su persecución, con las tropas que, no pudiendo unirse al cuartel general después de la batalla del 3, han tenido que quedarse a espaldas de los vencedores, y con los habitantes hasta ahora inofensivos que emplearían cuantos medios estuvieran a su alcance para hostilizarlos. El ejército del Rey Guillermo, según se desprende de las relaciones que van llegando de la célebre batalla, debió el triunfo, mas que a otra cosa, a un ataque arriesgado fuera de las reglas ordinarias del arte militar, que así como le salió bien, pudo haberle costado muy caro.

Tal vez la traición ha tenido gran parte en el éxito, según repiten con insistencia varias correspondencias de Viena, pero de ninguna manera la falta de arrojo. Aun la diferencia de armamento no ha influido tanto, según parece, como se decía al principio, e induce a creerlo así las noticias que llegan de Berlín y que confiesan que los prusianos tuvieron una tercera parte más de muertos y heridos que los austriacos.

De todo esto se infiere que si los austriacos según aseguran varios diarios han podido reunir un número suficiente de tropas alrededor de Viena, estas tropas bien dirigidas pueden poner en grave riesgo las victorias de Prusia. Fuera

de esto la única esperanza de salvación que queda al Imperio austriaco es la guerra de los pueblos, el levantamiento nacional. Tal vez este recurso no está fuera de la previsión del Gobierno imperial ni del ánimo de los pueblos. Telegramas recibidos ayer anuncian que se ha establecido la Guardia nacional, y que muchas poblaciones se arman para resistir la invasión.

Como nuestros lectores verían ayer, por el artículo que, traducido de *Le Monde*, publicamos entre las últimas noticias, en Francia comienzan a inquietarse los ánimos a vista del crecimiento que se deja tomar a Prusia. Sin remontarse a elevadas filosofías, los pueblos comprenden a veces los peligros que a través de sucesos, al parecer favorables, los amenazan; y algo de esto está pasando en Francia, desde que comenzaron las cuestiones de Venecia y Alemania. Los sucesos a que ha dado lugar el conflicto entre los Gobiernos de Viena, Berlín y Florencia, han servido más de una vez para atestiguar la gran influencia que tiene el de París en la política europea; y sin embargo, un triste presentimiento hace que el pueblo francés presencie con disgusto la intervención del Emperador en asuntos extranjeros. Parece como que presagia que el apoyo directo o indirecto que el Gobierno de las Tullerías presta a la política de Bismarck, está sirviendo para hacer de Prusia un reino poderoso, cuyo poder, unido a una ambición sin límites, será un día un peligro grave para el Imperio vecino.

No sin fundamento indica *Le Monde*, que no es de esperar que vencedora Prusia en Alemania renuncie a las provincias del Rin ni aun consienta que Bélgica se anexe a Francia. Ya que tan bien le van saliendo los planes, es muy posible que el conde de Bismarck no tolere que el poder de su nación quede en parte anulado por el del imperio. Las consideraciones que hace el artículo citado, para demostrar el fundamento de los temores que manifiesta, respecto a Inglaterra y Rusia, son también muy acertadas. Tal vez en la rivalidad de estas dos Potencias con Francia, puede encontrarse la explicación de su actitud pasiva en los momentos presentes. Crítica sería la situación en que se vería colocado el Gobierno imperial, si después de haber favorecido en cierto modo la desmedida ambición de Gabinete de Berlín, luchando con los sentimientos del pueblo francés, viera por de pronto desairadas sus pretensiones, y más tarde contrarestanda su influencia en Europa por una gran Potencia alemana. Fracasos de esta índole suelen pagarse muy caros en la nación vecina.

Mientras de tal manera están sobrecitados los ánimos en Francia, reina también gran intranquilidad en Bélgica. Los periódicos belgas manifiestan claramente el temor de que su nación esté destinada a restablecer el equilibrio europeo que Francia considerará alterado con el engrandecimiento de Prusia.

No les falta razón para estar recelosos; ejemplos no lejanos han demostrado que los Estados débiles suelen pagar los gastos de las discordias entre los fuertes.

La *Epoca* publicó anoche un despacho telegráfico de París, en el cual se dice que el ejército de Víctor Manuel no atacará el Tirol, y

que parece que en las Tullerías hay completa seguridad de que no tendrán lugar nuevos combates en el territorio italiano. ¿En qué se funda esta seguridad? ¿Cómo se han vencido aquellos escrúpulos de honra militar que antes impedían a Víctor Manuel deponer las armas? ¿Qué concesiones se le hacen? ¿Se obra en esto de acuerdo con Prusia? No invocará Bismarck el tratado de alianza? El telegrama a que nos referimos, pertenece a ese género de noticias incomprensibles que sobrepujan todo cálculo y están fuera de toda previsión. Verdad es que esto está sucediendo a menudo con todo lo que depende del Gobierno de París.

Como verán nuestros lectores, los piemonteses, lejos de reparar el descalabro de Custoza, van sufriendo otros nuevos. Esta vez han hecho el gasto los voluntarios al mando de Nicotera, según dice el telegrama. Del *ilustre* Garibaldi no se dice que haya estado en el combate, ni siquiera en coche, como estuvo en otro encuentro anterior, a causa de la herida recibida hace algunos días.

El pueblo en que los garibaldinos han sido batidos por los austriacos, designado en los despachos telegráficos con el nombre de *Condino*, es indudablemente *Condino*, en el camino de Brescia a Trento. Hállase situado en la frontera de Lombardia, cerca del lago de Garda; por donde resulta que las *camisas rojas* no pecan de temerarias, porque después de tanto hablar, apenas han salido del territorio piemontés.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

BERLÍN, 18.—Los prusianos han ocupado a Francfort.

VIENNA, 18.—Se ha establecido la Guardia nacional en el Imperio.

Las poblaciones de la alta y baja Austria, de Carintia, Carniola y Styria se arman para resistir a la invasión prusiano-italiana.

Los voluntarios italianos, al mando de Nicotera, han sido rechazados cerca de Condino, cogiéndoles dos comandantes, cien prisioneros y enorme material de guerra.

PARÍS, 18.—El ejército italiano no atacará el Tirol. Parece que en las Tullerías hay completa seguridad acerca de que no tendrán lugar nuevos combates en el territorio italiano.

PARÍS, 18.—En la Bolsa de hoy ha quedado el 3 por 100 francés a 63-50, y el 4 1/2 a 96-10.

FONDOS ESPAÑOLES: la diferida a 50 1/4, y la amortizable a 43 1/2.

LONDRES, 18.—Los consolidados ingleses han quedado de 83 5/8 a 1/2.

El periódico la *France*, publica con el epígrafe *Los tres teatros de la guerra* la siguiente reseña de la situación de las fuerzas beligerantes:

«Todas las noticias que recibimos de los diversos teatros de operaciones confirman lo que decíamos ayer sobre una lucha probable, sobre un choque delante de Viena, si de aquí a dos días la diplomacia no ha llegado todavía a hacer firmar a los dos Gobiernos de Prusia y Austria un armisticio que sería un preliminar de la paz.»

No vamos a apreciar, por lo que a nosotros hace, la mayor o menor probabilidad de una suspensión de armas. Concretándonos a nuestro papel especial de observadores, exponemos de nuevo a los ojos de nuestros lectores la situación actual tal

como resulta de todas las reseñas que nos llegan.

En Moravia los dos ejércitos prusianos, marchando regularmente en dos columnas, han entrado el 15 de Julio en Brunn y en Zuayn. Con la columna que ha entrado en Brunn iba el Rey. La de Zuayn ha destacado inmediatamente su vanguardia más al Sur sobre Ob-Stollbrunn.

El movimiento ofensivo se pronuncia por tanto cada vez más sobre Viena, no estando más que a dos jornadas el ejército del Príncipe Federico Carlos, mientras que el del Príncipe Real está a más de cuatro. ¿Cuál es el punto de concentración indicado para la reunión de estos dos ejércitos? Lo ignoramos todavía.

Nos parece probado hoy hasta la evidencia que los cuerpos austriacos del ejército del Norte, de los que nada se sabe, a excepción de los de Gablenz, no han tratado de defender los caminos de Viena; que no han puesto obstáculo alguno de ninguna clase a la marcha de sus adversarios, y que la centralización en el campo atrincherado de Olmutz, de que se hablaba, no ha tenido lugar.

Por lo demás, no hemos admitido ni un sólo instante la posibilidad de un plan defensivo de los austriacos, del que sería el eje Olmutz, y que dejaría a Viena privada de su más numeroso ejército.

Por otra parte, si los austriacos hubiesen sido bastante atrevidos para intentar el mismo movimiento que tan mal salió en 1814 al Emperador, de colocarse en las líneas de retirada del adversario, dejándole libre el camino de la capital, es probable que durante la marcha de los dos ejércitos prusianos hubiesen hecho algunas tentativas para combatirlos, colocándose entre sus columnas y atacando sucesivamente a uno y otro ejército.

En Viena, pues, es en donde debe esperarse que se firme el armisticio, o una batalla reñida de 500,000 soldados, animados los unos por el influjo de sus recientes, rápidos y prodigiosos triunfos; y los otros por la desesperación y el heroísmo, nacido del amor a la patria y del deseo de reparar sus derrotas.

Baviera. La campaña de las tropas prusianas en Baviera no es menos favorable a sus armas que en Bohemia. Por más que los bávaros y los federales hayan tenido quince días para efectuar su reunión y perseguir las divisiones todavía poco numerosas de la Prusia en este teatro de operaciones, no sólo no han hecho ningún movimiento para combinar un plan general ofensivo o defensivo, sino que no han podido entenderse para impedir el paso del Mayn y cubrir a Francfort. Como los austriacos han dejado toda la iniciativa en la agresión a sus adversarios, han esperado tranquilamente el ataque del Saale, y todavía las tropas del Príncipe de Hesse no estaban en el combate de Kissingen, que el ejército bávaro ha sostenido sólo y de una manera brillante.

¿Dónde se halla el octavo cuerpo? ¿Dónde se encuentra el Príncipe Alejandro de Hesse con sus 70 u 80,000 hombres? No lo sabemos.

Los prusianos, después de una lucha vigorosa delante de Wurtzbourg, han modificado su plan primitivo. Franqueando el Saale hacia el Norte, han emprendido por la orilla derecha de este río las operaciones contra Francfort, que habían intentado antes por la orilla izquierda. Hoy han pasado el Gemunden, afluente del Saale y del Mayn, y continuando su marcha sobre Aschaffenburg, han tomado a Lohr, después de un combate con ventaja, y se nos anuncia que a consecuencia de una empeñada refriega la villa de Aschaffenburg, sobre la orilla derecha del Mayn, está ardiendo.

Los federales, los austriacos y los bávaros, que componen el séptimo cuerpo federal, están en com-

pleta retirada; Francfort parece abandonado; los miembros de la Dieta están en Augsburgo; se entenderán el Príncipe Alejandro de Hesse y el Príncipe Carlos de Baviera para reunirse y tomar la ofensiva? Nos parece un poco dudoso.

Italia. El ejército italiano continúa buscando en el Cuadrilátero un enemigo que no halla y que sabe bien que no puede hallar después que el ejército del archiduque Alberto se ha dirigido sobre Viena. Parece que no quiere aproximarse a las plazas fuertes para sitiárselas. Esto no impide que el Gobierno de Italia hable con énfasis de grandes operaciones militares que sus generales han de llevar a cabo, de ventajas que cuentan alcanzar y de la seguridad que abriga de tomar un brillante desquite de su derrota, o si se quiere de su falta de éxito en Custoza.

Dichosamente para Venecia, que suspira hace tantos años por el fin de la dominación austriaca, tiene algo más que los futuros triunfos del ejército del Rey Víctor Manuel para conseguir su libertad.

Para formar idea de cómo juzga la *Gaceta de Moscú* la situación de Alemania, véase la conclusión de un artículo que publica en su número del día 15 de Julio:

«Rusia no desea cambio alguno en el presente estado de cosas en Europa. Si Austria y Prusia se constituyen a sí mismas en instrumentos de la Francia, la Rusia no contará con ellas como antes. Venecia sin Roma no constituirá progreso alguno para la Italia.»

La sumisión de Austria a Francia no es ventajosa, sino peligrosa, para el equilibrio europeo. La supremacía de Prusia en la Alemania del Norte estrecha a Rusia en el Báltico. El amor de Rusia por la paz no sanciona esfuerzos para conseguir el supremo poder. El interés de Inglaterra puede hacerla buscar una alianza con Francia y Austria en la cuestión de Oriente, pero la dictadura de Francia en Italia y Alemania no puede contar con su apoyo.

La *Gaceta Norodowa* de Lemberg anuncia que todos los soldados con licencia en Rusia han sido llamados, y dice:

«Todos los días salen de Varsovia trenes militares a las fronteras de Silesia y Galitzia. Las tropas rusas están en marcha de Padolia a Besarabia.»

Escriben de París con fecha 16 de Julio: «Empieza esta carta anunciando a Vds. que tenemos una tormenta horrible en estos momentos. ¡Qué relámpagos! ¡Qué truenos! ¡Qué lluvia! ¡Un verdadero diluvio! Parece el fin del mundo! ¡Tengo que encender una bujía, pues a pesar de que son las tres de la tarde, no veo claro para escribir esta carta!»

Creo que la política está tan negra como el tiempo. El Emperador de Austria ha rechazado terminantemente las proposiciones de Prusia. Es preciso estar muy ciego para haber creído un solo instante que Francisco José iba a consentir en tamaña humillación. En vez de aceptar los preliminares del armisticio, lo que ha hecho ha sido dirigirse a los húngaros con un manifiesto que hoy nos da a conocer la telegrafía eléctrica.

En La *Correspondencia general austriaca* se leen estas líneas:

«El archiduque Alberto, acompañado de dos ayudantes de campo, llegó aquí ayer mañana por el ferrocarril del Sud a las seis y cuarenta minutos. El archiduque fué recibido en la estación por todos los archiducos presentes en Viena, por el conde Crenneville, por el conde Grunne y por algunos otros generales y oficiales de estado mayor.

69

— 554 —

bla natural de una compatriota pueda ablandarla, ó suavizar al menos su fiera.

Dijo Elisa que lo haría de muy buena gana, que la acompañase y que estaba pronta a hacer lo que le pedía, con lo que sor Clara se fué. Vivía esta furiosa encima de la muralla junto a la calle de San Antonio en una casa altísima; en donde, después que subieron varias escalas de maderas muy pendientes y oscuras, entraron por fin en un cuarto y hallaron en un miserable lecho a la desdichada. Precisamente cuando entraba, una bondadosa hermana de la caridad acaba de presentarle un rebaje, el cual no habiendo gustado a la rebelde enferma, se lo arrojó a la cara, y la paciente religiosa se enjugaba en el instante en que adelantándose Elisa, le dijo:

—Buenos días, ¿Cuál es vuestro nombre?

—Me llamo Ursula, por la gracia del demonio, respondió. Oh hermosa señorita, a lo menos vos habláis italiano; y me alegro, porque esas monjas (mas bien que monjas) me tienen aburrida con su continuo—Ouf, Ma chère Urseline, prenez donc, calmez vous donc, y dale con done y mas doc:—que se vayan al diablo. La lengua italiana es otra cosa: y vos sois realmente italiana? ¡Viva la Italia! ¡Viva la independencia!

—Sí, hermana mía, soy romana; y habiendo sabido que estabas enferma, he venido de buena gana a hacerte una visita.

— 555 —

—Mil gracias, hermosa señorita: ¿cómo os llamáis?

—Me llamo Elisa; hace pocos días que me hallo en Ginebra; y mientras permanezca aquí, si no os ha de ser molesto, vendré a veros con frecuencia.

—Lo estimaré en mucho; pero ante todo, clarito, no me vengais con clérigos, que los aborrezco de muerte.

—Vendré con alguna hermana: ¡son tan buenas! Sor Clara ha sido la que me ha acompañado aquí, y me ha dicho que os quiere mucho. ¿Y vos, cómo os halláis en Ginebra?

—Yo vine desesperada. Habiéis de saber que militaba en las legiones italianas, y hasta me hallé en varios encuentros con los austriacos; de suerte que en la acción de Cornuda caí prisionera de guerra con otros muchos, y me enviaron a Carintia. Como nunca quise vestir el jubón de terciopelo negro, y sayas encrespadas como las otras, cuyo traje era más propio de bailarinas de maroma que de soldados, sino que vestí un traje completo de hombre, lo mismo que nuestro alferez la señora Polisená; así también después que caí prisionera, al llegar a Klagenfurt, dije que era mujer, y compré algunos vestidos con que mudé de traje. Así, pues, dejándome, como mujer, mayor libertad los austriacos que a los demás prisioneros, y vigilándome muy poco, una noche me escapé diestramente,

— 556 —

cesó con tanta dulzura y enternecimiento, que aquella furia, no obstante su dureza, no pudo tampoco contener las lágrimas, y cogiendo la mano de Elisa la suplicó que al día siguiente volviese a verla.

También sor Clara, que entendía el italiano, quedó muy conmovida. Al día siguiente, pues, volvió Elisa, llevando a Ursula camisas y otra ropa blanca, con algunas conservas propias para disolverse en agua; le proporcionó algún dinero y la trató con mucha amabilidad.

Así Ursula se reanimó y se amansó, hablando tranquilamente con su generosa bienhechora, de modo que de un día a otro se le desprendían las duras escamas de piel de dragón, que la hacía tan áspera y salvaje contra Dios y contra los hombres. Una mañana, habiendo ido Elisa muy temprano, halló una hermana que había velado toda la noche a la enferma, y le dijo:—Hermana mía, volvéos a casa, pues necesitáis descansar, que yo mientras tanto haré las veces de asistente, y decid a sor Clara que no se incomode, que yo permaneceré buen rato con Ursula.—La monja se retiró.

Elisa prestó algunos servicios a la enferma, y viendo que sus ansias se aumentaban, le dijo con amor:—Querida, hoy se te ha agravado algo la calentura. ¿Por qué no has de ponerte en paz con Dios, confesándote? Créeme: te procuraría

— 557 —

dad de sus auxilios.—Así hablando, llegaron al hospicio de las Hermanas de la Caridad, y habiéndola introducido en su laboratorio de farmacia, encontró en el otras religiosas que curaban a varias mujeres pobres diferentes afecciones de cirugía, con ungüentos, ceratos y emplastos, siendo una edificación ver a las jóvenes novicias que acababan de salir de las dulzuras del mundo, aplicarse con tanto afecto a tratar tan repugnantes males como si tratasen con perlas y piedras preciosas, ó suaves y olorosas flores.

Maravillábase Elisa de una caridad tan sublime, que no viendo más que a Jesucristo en aque-

llos infelices, lo más difícil y asqueroso era para ellas una tarea agradable. Cuando vino el Cura habló con el Elisa largamente, y luego acompañándole sor Clara a visitar la iglesia, la invitó esta a que fuese a verla con frecuencia, lo que le prometió Elisa con mucho gusto.

Mientras tanto el banquero de Bártolo le remitió varias cartas llegadas, parte a Arona después de su partida, y parte directamente de Roma. Entre las primeras había una, como dijimos, de Asér a Mimo, en que le avisaba de su llegada a Suiza. Fácil es de ver cuánto se alegró, lo mismo que Lando, con la esperanza de volverle a ver; inmediatamente le dirigió la contestación a Lucerna, como Asér se lo había prevenido; pero esta contestación fué remitida a Uri, mientras que Asér se hallaba enteramente que

S. A. se fué directamente a su palacio, y había sido recibido ya por S. M. el Emperador a las ocho de la mañana.

Anuncian de San Petersburgo, con fecha del 14, que había llegado a aquella capital un ayudante del Rey de Prusia con una carta de S. M. para el Emperador de Rusia.

No se habla hasta ahora en los círculos oficiales de que la Rusia deba salir de su neutralidad.

La aseveración de algunos diarios extranjeros, que dicen que la prensa rusa no tenía libertad para pronunciarse acerca del conflicto alemán, ha sido desmentida oficialmente.

El antiguo partido ruso expresa en la *Gaceta de Moscú* vivas simpatías en favor de los italianos.

Un despacho de San Petersburgo del 14, después de anunciar la llegada de un ayudante del Rey de Prusia con una carta autógrafa para el Czar, añade:

«En los círculos diplomáticos se proclama que la Rusia no tiene intención por ahora de abandonar su política de neutralidad, y que sólo en el caso de una intervención activa de una Potencia extranjera en el conflicto alemán, le obligaría a hacer declaraciones y a tomar una actitud correspondiente a sus intereses.»

Los periódicos extranjeros hablan ya de la derrota del ejército federal de Francfort por los prusianos en Aschaffenburg. Ese encuentro, que fué muy reñido, tuvo lugar el 14 junto al indicado punto. El pueblo de Aschaffenburg era pasto de las llamas, y las tropas austríacas, bávaras y del Ducado de Hesse, iban batiéndose en retirada.

Las fuerzas federales habían evacuado a Francfort, y los prusianos marchaban sobre esta ciudad.

Otra de las noticias que trae el correo es la entrada de los prusianos en Brunn, capital de la Moravia. Los prusianos entraron en los días 12 y 13 en número de 45,000 hombres, y fueron alojados en las casas del vecindario, que les hizo buena acogida. Las autoridades austríacas salieron de la ciudad después de enviar hacia el Sud las cajas públicas.

El Rey de Prusia llegó a Brunn el 13, y el Obispo de aquella ciudad, conde de Schafgotsch, el burgomaestre Gísera y las principales autoridades de la ciudad, salieron a recibirle, suplicándole que tuviese consideración con los habitantes.

El Rey respondió que estaba allí, no por su gusto ni de su propia voluntad, sino porque el Emperador de Austria le había obligado a hacer la guerra. «Por eso, añadió, no hago la guerra a los súbditos pacíficos del Emperador, sino a su ejército. Hasta ahora en todas partes he salido victorioso, y el valor de mis tropas me da la confianza de que en adelante seguirá favoreciéndome la victoria.»

He tenido que venir aquí con un ejército que representa un crecido número de hombres. Espero que mis valientes soldados no darán motivos de queja si se atiende con benevolencia a sus necesidades.»

S. M. recibió al príncipe Federico Carlos y a todos los generales presentes.

Un despacho de Berlín del 15 participa que a las diez de la mañana fué transportado el cuartel general del Rey de Berlín a Czernahora. Continuaba sin interrupción la marcha de todas las tropas prusianas en la dirección del Sud.

La *Gaceta* de Praga nos da algunos pormenores de la entrada de los prusianos en la capital de Bohemia. El 7 de Julio se detuvieron las tropas en el puente inmediato de Chwala, porque el coronel Ranish, nombrado para mandar los cuerpos de ocupación, hizo llamar al burgomaestre a fin de dictar, con acuerdo de las autoridades municipales, las bases de la ocupación.

A las cuatro y media el burgomaestre y el Cardenal Arzobispo, Príncipe de Schwarzenberg, en traje episcopal fueron a buscar al jefe prusiano. Antes de entrar en Chwala pusieron banderas blancas en las portezuelas del carruaje que los conducía. El coronel Ranish recibió a las autoridades con extremada altanería, sin hacer caso de los calorosos discursos que pronunciaron para proteger los amenazados intereses de la población. Pero todo fué inútil, y al día siguiente entraron en Praga ocho mil prusianos que cometieron todo género de

desmanes y atropellos. Entre las decisiones del nuevo gobernador de la plaza, sobresale la de haber impuesto a la municipalidad de Praga la obligación de mantener y vestir un cuerpo de ejército de cincuenta y ocho mil hombres que acampará en los alrededores de la ciudad.

Ha ocurrido una insurrección de bastante importancia en la colonia francesa de Cochinchina. Van a salir tropas de Francia para dominarla.

Un despacho de Valentia (Irlanda) fechado el 15, dice que el *Gran Oriental*, encargado de la colocación del nuevo cable eléctrico trasatlántico, se encontraba en aquella fecha al Mediodía a 51 grados de latitud y a 17, 29 de longitud, habiendo sumergido 235 millas de cable y estado a 235 millas de distancia de Valentia. El aislamiento era perfecto y las comunicaciones se efectuaban con gran facilidad.

Un despacho telegráfico de Florencia asegura que la Italia y la Prusia están de acuerdo: primero, en arrojar por completo al Austria de la Confederación germánica; segundo, en que el Tyrol y la provincia de Istria constituyan parte del reino italiano ó un Estado independiente entre la Italia y el Austria; tercero, en que se restablezca la autonomía de la Hungría.

Al propio tiempo que dice esto de Florencia, leemos en las correspondencias de *El Times*, que en Berlín han sido separados del comun de prisioneros todos los soldados húngaros, a quienes se ha propuesto formar parte de una legión organizada por Klapka.

El conde de Bismark, que como es sabido, acompaña al ejército prusiano, al entrar este en Praga, ha dado una proclama en nombre de Guillermo I, ofreciendo paz y amistad a los pueblos de Bohemia, y excitándolos a que separándose del Austria, de quien dice proceden todas sus desgracias, reconstruyan el antiguo reino de Bohemia que existió hace tres siglos.

Al propio tiempo ha conquistado el apoyo de un antiguo periódico semi-demócrata que se publicaba en Praga, y que ha comenzado esta propaganda declarando que la Hungría, la Bohemia, la Moravia y la Croacia se verán sacrificadas a la ambición de la casa imperial en Italia y en Alemania.

En Baviera, el Gabinete de Berlín hace grandes esfuerzos para separarla de la alianza con el Austria, ofreciéndole la supremacía en la Alemania meridional.

De una carta de París tomamos las siguientes líneas:

«El *Memorial diplomático* que, como Vd. sabe, recibe inspiraciones de la embajada de Austria, dice a este propósito lo siguiente: «Todas las noticias que recibimos de Viena están contestes en presentar a la nación austríaca como resuelta a sobrelevar los mayores sacrificios antes que suscribir a la humillación que el conde de Bismark quisiera imponer a la casa de Hapsburgo, a la que Federico I, elector de Brandeburgo, debió la corona Real en 1704.»

Este recuerdo es a un tiempo curioso y terrible. En efecto, en el postrer año del siglo diez y siete el elector de Brandeburgo fué creado Rey por el Emperador Leopoldo; había decididamente deseado llevar una corona a consecuencia de una entrevista con el nuevo Rey de Inglaterra que le había negado un sillón para sentarse. La corte de Viena le concedió generosamente el ducado de Prusia, erigiéndolo en reino, y Federico I fué coronado en Königsberg el 10 de Enero de 1701, con una magnificencia que dejó exhausto por algunos años su tesoro. Entre otros detalles, se cuenta que cada botón del traje del Rey costó tres mil ducados.

Así empezó la Monarquía prusiana, que ahora aplasta a los que la guiaron en sus primeros pasos.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 19 DE JULIO DE 1866.

LA FILOSOFÍA EN ESPAÑA.

ARTÍCULO I.

La suerte de la metafísica, se ha dicho con sobrada razón, es la suerte de la humanidad: si la metafísica rige y gobierna los destinos del

hombre y del mundo, la verdad permanecerá en su elevado puesto, y el error, como encadenado y sujeto, no podrá alzar su orgullosa frente para dominar con su mirada en la conciencia de la muchedumbre.

La metafísica en general, ó sea la *Ontología* y la especial, esto es, la *cosmología*, la *antropología* y la *teodicea*, enseñan el conocimiento del ser en general, del mundo, del hombre y de Dios: de aquí se deduce, como en lógica conclusión, la idea con que hemos encabezado este artículo, la *suerte de la metafísica es la suerte de la humanidad*; toda vez que si esta ciencia se basa sobre el error, ya se posesione este de la idea del ser, ya de las demás que la completan, habrá logrado con su trascendental influencia alterar por completo las leyes de la vida práctica.

Si a la razón filosófica apuntada, agregamos el testimonio de la historia, ella nos manifestará claramente, que las épocas más bulliciosas, anárquicas y tristes para las sociedades, han sido las épocas de la falsa filosofía.

No ha existido ningún dogma herético que no se haya impuesto por la voluntad del despotismo, ni haya dejado de sancionarse por la cuchilla del verdugo. Descartes preparaba las sangrientas luchas de la edad moderna: ¿quién había de decir al renombrado filósofo que su *cogito ergo sum* había de engendrar el volterianismo, la revolución en fin, con todos sus errores, con todos sus estragos?

La filosofía y la historia apoyan nuestro aserto: la filosofía es a la sociedad, lo que el aire para la vida; si la filosofía está gangrenada, la sociedad perece.

No es, por lo tanto, asunto de escasa importancia el de dirigir, siquiera sea a la ligera, una mirada al estado actual de la filosofía en España; el termómetro de la metafísica es el termómetro del porvenir; un buen sistema de filosofía es el mejor código; dadnos un código bueno sin filosofía, siendo esto posible, y será el peor libro del mundo. La filosofía del Catolicismo es la única verdadera, porque el Catolicismo como religión y como filosofía enseña por la fe la verdad, y analiza con la razón los dogmas de la fe; dogmas y misterios que si no comprenden no por eso dejan de aparecer racionales ante el asentimiento de la fe; el Catolicismo, y sólo el, concilia la religión con la filosofía; todos los demás falsos sistemas ó absurdas teorías niegan la religión con su filosofía, ó destruyen la filosofía con su religión.

En nuestra patria la filosofía es la católica, podemos decirlo con orgullo; la filosofía nacional, es la filosofía de Suarez, de Soto, de Melchor Cano, del Valdegamas y de Balmes. es la filosofía de Santo Tomás de Aquino, expuesta por el Santo mismo en el maravilloso monumento de su libro inmortal *La Suma*, ó en los compendios especiales de Roselli, el esclarecido dominico; del Padre Ceferino Gonzalez, ilustre agustino español, que aún no cuenta treinta y ocho años de edad, ó del vigoroso y elocuente teatino el Padre Ventura Raulica, esa es la filosofía de nuestra patria; bien se claramente demuestra con la aparición del *Prisco*, del razonado compendio de Liberatore y de otros, que hoy corren en manos de la juventud estudiosa, y sobre todo, de la que actualmente se educa en los Seminarios.

Pero aunque tal sea, para honra nuestra, el distintivo glorioso de la filosofía española, es también cierto, para desgracia nuestra, que en las regiones de la *alta ciencia*, no es esta la filosofía, no es esta la metafísica.

El carácter distintivo de la filosofía en estas elevadas regiones, es el racionalismo oculto ó disfrazado; pero racionalismo al fin: el racionalismo, sabido es que tiene por religión al *ateísmo*, por leyes sociales la *ciega arbitrariedad*, y por moral al *sensualismo*; estos frutos, tarde ó temprano se desprenden del árbol del racionalismo; árbol al cual no se des-

arraiga del campo social, sino hiriéndole en el corazón mismo y purificando su envenenada savia; todo lo demás es cortar sus ramas para que su copa se estienda más y más cubriendo bajo su sombra a las huestes del error; para ese árbol, como para el árbol podrido y viejo, no hay más que un remedio: cortarlo de raíz.

En España es tal el estado de la metafísica, que fuera de la metafísica católica, conocida mejor bajo el nombre de *escolástica*, reina la más completa anarquía; el eclecticismo, el materialismo y el racionalismo, síntesis de todos los sistemas heréticos y absurdos han invadido nuestra patria.

Los libros y los discursos, la prensa y hasta el lenguaje común, nos revelan los estragos causados por semejantes sistemas. Las ideas del ser y del mundo, de Dios y del hombre, son hoy expuestas por nuestros pretendidos filósofos, del modo que cumple a su razón, rindiendo de este modo tributo al racionalismo.

El estado, por lo tanto, de nuestra filosofía, es el de la lucha entre el escolasticismo y el racionalismo: aquel no tiene hoy poder, por decirlo así, en la sociedad; le han maniatado y le ha entregado la moderna edad a los héroes del racionalismo.

¿Ay de nuestra patria si el racionalismo triunfa! Alteradas las ideas más fundamentales, como lo hace el racionalismo, ¿cuál será el porvenir de España? Su filosofía nos lo dirá. ¿Y cuál es el porvenir que se anuncia a su filosofía? El racionalismo.

Otro día nos ocuparemos en señalar ligeramente las conquistas del racionalismo en España.

Hoy terminaremos repitiendo: la suerte de la *metafísica* es la suerte de la *humanidad*; una vez alejada la filosofía católica del fondo de la sociedad, quedará esta como un hombre a quien se pretenda ilusionar con la vida y se quiera arrancar el corazón.

El Emperador de Austria, Francisco José, ha dirigido su voz a los fieles pueblos del reino de Hungría, en una proclama que lleva la fecha del 8 del corriente. Este documento, como todos los que hemos visto hasta ahora del augusto personaje que lo suscribe, tiene un sello de dignidad y moderación que contrasta admirablemente con el lenguaje de sus enemigos.

Sabido es que, uno de los medios a que estos apelan para hundir en la sima de la historia el imperio austríaco, es promover a todo trance la rebelión de los húngaros contra el Emperador. Los piemonteses pensaron en la revolución húngara aun antes de la guerra. El baron de Ricasoli andaba en tratos con Kossut desde el momento que subió al poder, y una de las hazañas, uno de los grandes golpes estratégicos del insigne Garibaldi para combatir al aborrecido Tudesco, ha sido siempre incitar a los húngaros al crimen de la rebelión.

El Gobierno de Prusia, debemos decirlo en honra suya, no había dado hasta ahora un paso en tan poco noble camino; pero al fin ha cedido a las sugestiones de sus aliados del Sur, y desde este momento su causa ha perdido las caballerescas apariencias que tenía, aun en medio de la profunda injusticia que entraña y de los terribles estragos materiales y morales que produce la colosal ambición del conde de Bismark.

En este conflicto, el Emperador de Austria se dirige a los húngaros, y no tiene una sola palabra de amargura, ni siquiera de reproche contra sus adversarios. Llama a sus pueblos en el grande infortunio que le rodea; con amorosa voz de padre lamenta la desventura de sus hijos, piensa en ellos y se olvida de sí propio. Su ambición es hacerlos felices; y en cuanto a su persona se muestra dispuesto a todo linaje de sacrificios. Quiere la guerra para conseguir una paz honrosa, y harto deja ver que sus condiciones de paz han de ser, aun después de la victoria, estremadamente moderadas.

Todas estas virtudes han sido admirablemente

comprendidas por las provincias del Imperio austríaco, y en especial por los pueblos del reino de Hungría. En todos se ha despertado el entusiasmo: renuévanse los días de María Teresa, y no tiene Francisco José súbditos más fieles que aquellos con quienes contaba la revolución.

Cualquiera que sea el resultado de la tremenda lucha que estamos presenciando, y la suerte que la divina Providencia depare al Emperador Francisco José, su gobierno no está exento de faltas; pero su nombre quedará en la historia con el prestigio de la bizarria, de la nobleza y de la dignidad cristiana.

He aquí la proclama a que nos referimos:

A los pueblos fieles de mi reino de Hungría.

«La mano de la Providencia ha descargado pesadamente sobre nosotros. Han fracasado mis cálculos en esa lucha que no provoqué, y en la que he entrado por la fuerza de las circunstancias. Ya no me queda más que la confianza que me inspira la heroica bravura de mi noble ejército, cuyas pérdidas son dolorosas. Mi corazón de padre llora con el de las familias desgraciadas.

Para que termine tan desigual combate, para tener tiempo y ocasión de llenar el vacío hecho por la campaña última, y concentrar fuerzas en el Norte de mi Imperio, he hecho grandes sacrificios, que no lo serán para mí, si obtengo un armisticio.

Hoy me dirijo lleno de confianza a los pueblos fieles de mi reino de Hungría que, en épocas azarosas y difíciles, me dieron tantas pruebas de cariño, de sensatez y de abnegación. Es necesario que se unan los esfuerzos de todos para que se ajuste una paz bajo condiciones equitativas.

Estoy firmemente persuadido que los guerreros de Hungría, guiados por su fidelidad tradicional, se apresurarán a alistarse bajo mi bandera a fin de socorrer a sus conciudadanos y proteger a la patria directamente amenazada por las vicisitudes de la guerra.

Venid, pues, a mi alrededor con objeto de defender nuestros hogares hollados por la planta del extranjero; y sed dignos descendientes de vuestros ilustres antepasados, que por sus heroicas hazañas realzaron el nombre de Hungría y cifieron a sus frentes coronas inmortales de laurel que es el símbolo de la gloria.—Viena, 8 de Julio.—Francisco José.»

El Excmo. señor capitán general de este distrito ha publicado hoy el bando siguiente:

«Madridenses: Los ánimos empiezan a serenarse de los horrores de la tempestad pasada, y no queriendo Dios afligirnos más con su justicia. La de los hombres ha impuesto a los criminales un terrible castigo, y la clemencia de la Reina templa ya el ardor de la pena con el benigno riego de su bondad acostumbrada. El soldado recobra su habitual disciplina (estoy de ello seguro), y la autoridad vela sin descanso, y cuenta con vosotros, padres de familia, jefes de talleres, de comercios y de industrias, para restablecer del todo el público sosiego, que en vano sin vuestro cordial y espontáneo auxilio podría moralmente renacer la inalterable calma de que sois los primeros necesitados.

Para conseguir aquel término deseado, empiezo recordándoos que aún se halla sin cabal cumplimiento el art. 1.º del bando publicado por mi antecesor en 22 de Junio último, relativo a la entrega de armas; y siendo tan necesario recoger las muchas armas del Estado que se extrajeron del Parque, y las que los trastornadores del orden conservan con el propósito de llevar a cabo sus planes criminales,

ORDENO Y MANDO:

Artículo 1.º Concedo como último término para presentación de armas de fuego y blancas, y de todo efecto de guerra existente en poder de particulares, el de 48 horas, que acabará a las doce de la mañana del sábado 21 del corriente.

Art. 2.º La entrega podrá hacerse en los puntos señalados, que son: el Gobierno militar, cuarteles de la guarnición y todos los cuerpos de guardia de la plaza.

Art. 3.º La persona que prefiera avisar la existencia de armas para que se recojan del punto en que se hallen dará conocimiento, dentro del mismo término señalado, al Excmo. señor gobernador militar de la plaza, cuya autoridad dispondrá la recogida.

brantado y enfermo en casa, de la bondadosa Magdalena, procurando curar de las contusiones y desolladuras resultantes de su terrible caída. La pobre Elisa, sin querer confesárselo, tenía el corazón más enfermo que nunca, y aunque se lo negaba mil veces al día, la desmentían los imprevistos movimientos del mismo: así que oyendo que Aser había podido escapar de todos los peligros de la guerra de Hungría, habiendo ella rogado tanto para que Dios le protegiese, fué extraordinaria su alegría, y dió infinitas gracias al cielo.

Sin embargo, como dueña de sus afectos, por muy inocentes que estos fuesen, procuró esforzar su ánimo y obligarle a no desear más que lo que viese ser recto, justo y agradable a Dios, sujetando a su voluntad la natural inclinación a que la inducía la innata generosidad, nobleza y gratitud de su corazón. Así, si antes de cuando en cuando hacia alguna visita a sor Clara, ahora que era mayor la lucha de sus sentimientos multiplicó las visitas, y de intento se entretenía en largas conversaciones.

Un día, entre otros, viendo sor Clara el candido y suave natural de Elisa, le dijo:—Señorita, sois italiana, y yo apenas sé balbucear vuestro hermoso idioma; por lo que desearía pediros una buena obra. ¿Quién sabe si Dios quiere que salve una alma perdida! Y si lo alcanzais, dicha sea vos! La sangre de Jesucristo, derramada para

nos cívicos de alfenique al oír los primeros tiros quedaban desmayados; pero Polisena les hacia volver en sí descargando sobre sus espaldas el hasta de la bandera y gritando:—¡Adelante, cobardes! el italiano no cede, y el romano ha de vencer ó morir.

—Y hasta algunas veces, plantando en el suelo la bandera, cogía una carabina y disparaba como el mas diestro cazador de Unterwald.

—Decidme por favor: ¿habeis tenido noticias de su paradero?

—No. ¿Acaso la conocéis? La última vez la ví combatiendo en una cruel batalla con los soldados de Nugent, y luego no he vuelto a verla, ni tenido noticia de ella: ó murió ó quedó prisionera.

—Mi querida Ursula, replicó Elisa, la valiente Polisena fué herida en la acción y por la noche murió. ¡Pero tú ignoras cuál fué su muerte! Y diciendo esto se le asomaron las lágrimas.

—¿Llorais, señorita? dijo Ursula, mirándola fijamente y sintiéndose algo enternecida. ¿Seríais su hermana, amiga ó parienta?

—Fué mi amiga mientras vivió, y aun estoy cierta que después de muerta su alma se acuerda de mí. Pero no sabes cuán dichoso fué su fin: ¡felices nosotras si llegamos a morir con tan buenas disposiciones y con tan profundo arrepentimiento de nuestros pecados! En seguida le refirió todas las particularidades de este su-

y atravesando campos y montes tanto anduve de uno a otro país, que fui a parar al Tirol austríaco; y cogiendo por los montes, sin comer más que pan y leche que me daban los pastores, no paré hasta haber pasado la frontera de los Griesones.

Allí, creyéndome segura, estuve vacilando entre dos proyectos: ó alistarme en las filas de los radicales, ó procurarme la vida mediante algunas labores, en que tengo mucha habilidad; y habiendo encontrado algunos italianos liberales militando con los suizos, me aconsejaron que adoptase el segundo partido; por lo que habiendo logrado cartas de recomendación para cierto fabricante de paños de Ginebra, y habiéndome facilitado algun dinero, vine aquí en clase de bordadora de flores de oro, y de seda de colores. Con todo, hablando con franqueza, como me abandoné a la desordenada bebida de aguardiente y otros licores, se me inflamó la sangre, y hace más de un mes que me hallo enferma.

Elisa le dijo:—¿Con que habeis servido con la señora Polisena?

—Sí por cierto: era una joven que valia un Perú, me amaba y me hacia frecuentes regalos, pues era liberal como un Rey, y franca como un cosaco; no tenía escrúpulos, sino que echaba unos votos tan redondos como una bola; por lo cual los soldados la obedecían como a su coronel. ¡Ello es cosa de verla en una batalla! Algun-

la redención del mundo, si podesis convertir a esa alma que la desprecia, hará que brillen en vuestra frente sus eternos rayos.... En medio de otras enfermas, tengo una joven italiana, ó mejor un dragon infernal, que está muy mala y blasfema de Dios y de los Santos como un demonio, a pesar de que empleo todos los recursos de la caridad para amansarla.

Esta mujer sirvió en clase de soldado en la guerra de la Independencia; aunque fuera esto lo menos malo; pero desde un principio fué uno de los más atroces sicarios de la sociedad secreta; de modo que me confesé haber muerto con sus manos en Rumania a varios Sacerdotes. Es tan desnaturalizada é irascible, que en el hervor de la calentura se agita y revuelve en la cama, bramando como una fiera y diciendo:—Si tuviese aquí un Sacerdote para degollarlo y beber su sangre, parece que hallaría un alivio a la sed devoradora que me abrasa.—Jamás la dejo sola, sino que de continuo la vigila y hace compañía alguna de las hermanas; pero cuanto más la acarician, más aumenta su perversidad. Sobre todo al acercársele el Párrico ó algún Vicario, tiembla, se enfurece, oculta la cara y se revuelve como una víbora, y para no verlo siquiera se cubre la cabeza con la sábana y se echa boca abajo: tan endiablada y rabiosa es su sana contra los Eclesiásticos.

Vamos a verla Elisa; ¿quién sabe! acaso el ha-

Art. 4.º Ninguna persona que entregue armas, ó avise el punto en que existan para cogerlas, será molestada; ni aun interrogada sobre su procedencia.

Art. 5.º Pasado el plazo señalado en el art. 1.º se practicarán escrupulosas visitas domiciliarias.

Art. 6.º Serán responsables de la infracción, y sometidos al Consejo de guerra como auxiliares de la rebelión, según está mandado en el art. 1.º del bando de 22 de Junio: los jefes de familia en cuya habitación, buhardillas, sótanos y demas locales á su disposición se encuentren armas; los porteros de las casas en cuyos pozos, tejados ó puntos de uso común se hallen, y las personas encargadas del local en que sean habidas.

Madrid, 19 de Julio de 1866.—El capitán general, conde de Castejo.

Diez son ya las vacantes en el Consejo de Estado por las dimisiones que aparecen admitidas en la Gaceta y las jubilaciones acordadas, á petición de los interesados, á los señores García Gallardo y Casaus.

El duque de Osuna, restablecido de la indisposición que ha padecido en los últimos días, saldrá en breve para Alemania y Rusia, con objeto de tomar aguas y continuar sus servicios como embajador de España en San Petersburgo.

Dice La Epoca que el lunes se hallaba en Ginebra, Suiza, el marqués de los Castillejos, y en Bélgica el Sr. Mirans.

Admitida como fué hace días la dimisión del Sr. Montalban, rector de la Universidad de Madrid, le ha reemplazado interinamente en este cargo el Sr. Coronado, catedrático de la misma.

El coronel Sr. Mascareñas y teniente coronel señor Rivera, que fueron heridos en los sucesos del día 22 de Junio último, han salido con alta del Hospital militar, completamente curados.

En cambio falleció en la madrugada de ayer el comandante de artillería Sr. Hiestrosa, á quien el día anterior le habían amputado el brazo izquierdo. Dios haya acogido en su santo seno al difunto Sr. Hiestrosa.

El Sr. Cánovas del Castillo saldrá á principios del mes próximo para los baños de Oñateña, y después de recorrer algunas poblaciones del Norte de España se dirigirá á Málaga, su país natal.

Ayer tomó posesión de su destino el Sr. Plá y Caneja, asesor del ministerio de Hacienda, que llegó anteayer á Madrid.

El jefe de nuestra escuadra en el Pacífico, señor Mendez Nuñez, se encuentra completamente restablecido, después de haber pasado treinta y dos días en el lecho.

Ayer tarde ha salido de Madrid el general Usariz.

Dice La Epoca: El conde de San Luis, que fué subsecretario y ministro de Estado, y que el año último fué nombrado para la plenipotencia de Londres, no había tomado posesión de este puesto. El conde de Vistahermosa desempeñó en 1846 una misión diplomática extraordinaria en Alemania.

Después de despedirse de SS. MM. el duque de la Torre y su esposa, han marchado ayer tarde para Francia, según habíamos anunciado.

Ayer tarde salió la corte para el Real Sitio de San Ildefonso, según estaba anunciado oficialmente. El señor ministro de Gracia y Justicia acompañará á la Real familia durante la jornada.

Ayer ha debido salir para Zaragoza el nuevo gobernador de aquella provincia, Sr. Candalija.

Parece que el Sr. García Ruiz, director de El Pueblo, se halla en Italia.

La Política dice anoche que, siguiendo el ejemplo de El Diario Español, El Contribuyente, La Patria, El Reino, El Espíritu Público y otros varios periódicos, no publica por unos cuantos días más que una hoja, en vez del número completo que publicaba.

Ha salido de esta corte con dirección á la provincia de Zamora, el Sr. D. Claudio Moyano.

El general Hoyos se halla en Arganda hace ocho días, y pronto marchará al valle de Tabuerna, en la provincia de Santander.

El 17 llegó á Valencia el mariscal de campo señor Molit, segundo cabo de aquella capitania general.

En El Comercio de Cádiz, del lunes 16, leemos lo que sigue:

El vapor-correo Canarias no salió ayer domingo para la Habana, esperando la correspondencia del Gobierno que debe haber llegado esta madrugada, por lo que saldrá á la una de la tarde.

ÚLTIMAS NOTICIAS.

El artículo de la France que acabamos de recibir por el correo que ha llegado al medio día, quita toda esperanza al Austria. Podríamos abrigar la ilusión de que ese artículo ha sido inspirado por el cambio verificado en este periódico después de la nota del Monitor; pero aunque este cambio es grave, como sintoma de la política de las Tullerías, todavía tenemos otros periódicos más de fiar que la France, que pronuncian abiertamente el mismo fallo contra el Imperio austriaco.

El Monde, diario católico, dice terminantemente: es inútil que nos entreguemos á ilusiones; la unidad alemana está consumada; consumada por las victorias de Prusia, y sobre todo por la facilidad con que se derrumba el armamento de la Confederación germánica. Era una forma honrada y respetable de Gobierno que, si no brillante en su política exterior, aseguraba en lo interior la tranquilidad pública.

Es evidente que el conjunto se mantenía únicamente por el equilibrio de Prusia y de Austria.

Las correspondencias de Viena nos dicen que todavía hay allí una vaga esperanza de ser auxiliados por Francia.

La respuesta del Monde es categórica y muy significativa: «esto es», dice, «conocer muy poco la tendencia de la política moderna y el objeto

que se ha propuesto: ¿No tiene Austria, por ventura, embajador en París? ¿Qué noticias le ha dado este hace diez años para hacerla suponer que nosotros estábamos con ella?»

Por otra parte, las doctrinas que preponderan en Alemania no son nuevas. Quien triunfa por las armas de Prusia es la filosofía alemana. Hegel, el catedrático de Prusia, reina por sus discípulos. ¿Qué ha opuesto Austria al movimiento de las sociedades secretas y á las doctrinas de las universidades alemanas?

Esto dá lugar á consideraciones muy graves, que no son para hoy. Es menester combatir el mal de raíz, y si no, no se le cura.

Entretanto, hé aquí el artículo de la France.

¿DEBE CONTINUAR LA GUERRA?

Los prusianos, al entrar en Francfort, marchan sobre Viena. ¿Se dará una batalla decisiva en las riberas del Danubio? ¿O la capital del Imperio abrirá sin resistencia sus puertas á las armas victoriosas que han invadido el suelo austriaco? El resultado de un combate decisivo podrá modificar la grave situación en que se encuentra el Austria. Muchos espíritus esforzados dudan y se preguntan: por nobles y generosos que sean los esfuerzos del patriotismo, ¿conviene continuar esta guerra dolorosa donde tanta sangre se ha derramado, casi sin esperanza? Los acontecimientos que se imponen dominan desgraciadamente á los afectos que se exponen, y los hechos tienen un soberano poder que deben tener muy en cuenta los hombres de Estado.

Ahora bien; ¿cuál es la situación actual? Puede el Austria resistir aun; puede esperar el resultado al pie de los muros de Viena; pero la derrota de Sudowa, las circunstancias actuales de la Bohemia y las crueles pruebas de estos últimos días podrán ser reparadas? Sus aliados han sido vencidos, desarmados y hoy permanecen impotentes. Francfort ha caído en manos de Prusia. La Sajonia, Hannover y el Hesse han sido invadidos. La Baviera ha sido vencida después de una lucha heroica. La Confederación ha sido disuelta por las armas, y nada puede oponerse á la realización de los planes y de la reforma del conde de Bismark. El Austria no puede ya contar con Alemania.

La lucha en tales condiciones es sin duda el único recurso para salvar el honor del sentimiento nacional; pero ¿es también una necesidad para la política? Semejante situación no puede ser objeto de más comentarios; nosotros nos limitamos á exponerlos. Está llamando la atención de todos los que piensan, que el día de las negociaciones pacíficas, será más bien para imponer moderación á los vencedores que resignación á los vencidos.

Hasta aquí La France. Por sus últimas palabras ya pueden inferir qué política va á triunfar.

Hace muchos días que se lo tenemos dicho y pronosticado, y los sucesos vienen confirmando nuestros vaticinios.

Dice la France:

SALIDA DEL PRÍNCIPE NAPOLEÓN.

El Príncipe Napoleón ha marchado ayer tarde para Italia, de donde partirá al cuartel general del Rey Víctor Manuel. Parece que el Príncipe va encargado de una comisión especial, pudiendo creerse que este viaje es indicio de una mejora característica en la situación presente.

Según recordarán nuestros lectores, hace días que se trataba de este viaje; pero ha sido aplazado á consecuencia de las negociaciones entabladas. Debemos inferir que las dificultades que habían hecho inútil esta primera comisión, han quedado vencidas.

Aunque es difícil averiguar lo que pasa en el corazón del Gabinete de las Tullerías, de estas palabras y de otras que arriba copiamos, se deduce que en Francia se para no complica más las cuestiones que probablemente van á ser sometidas á un Congreso europeo, se trata de detener al Piemonte en sus expediciones tan belicosas como incruentas.

El Gobierno francés aspirará á que el Piemonte se contente con Venecia. Pero siendo esto así, ¿llegará á darse la batalla inminente bajo los muros de Viena?

Pronto lo haremos ver.

Inglaterra y Rusia se abstienen evidentemente en las negociaciones relativas al armisticio. Una y otra Potencia se reservan para después su libertad de acción.

Francia queda aislada. ¿Se habrá asustado de su soledad, y querrá terminar resueltamente con Víctor Manuel para entenderse luego con Prusia?

En una carta de Berlín, fecha 10, que publica la France, se lee lo siguiente:

Anticiase la entrada de un cuerpo de ejército austriaco en la Silesia prusiana, provincia que está casi desguarnecida de tropas.

En Posmania y en algunas comarcas del Este de Prusia se han descubierto ciertos movimientos de los habitantes polacos en favor de Austria. Entre otras cosas, se han hecho colectas en favor de los heridos austriacos.

Acabamos de recibir el siguiente interesante artículo: UNA NOCHE EN LA ESTACION DEL NORTE DE VIENA.

La mano del que traza estas líneas, está agitada por un temblor nervioso, su pulso late con precipitación, sus ojos están ardorosos, y de cuando en cuando, mientras está escribiendo, una lágrima asoma á ellos, porque ha pasado una noche en la estación del Norte.

¿Conoce el lector esta estación bajo su nuevo aspecto? El embarcadero en que de ordinario vienen los amigos á saludar á los que llegan, se ha transformado en gigantesco hospital. Aquí es la primera cura á los desdichados heridos del ejército del Norte.

¿Queréis juzgar por vos mismo los infortunios de la guerra? me preguntó un individuo de la junta de socorros: pues bien, venid á pasar una noche conmigo en la estación del Norte, y seréis testigo de escenas tan lamentables, que no hay pluma que sepa describirlas, ni labios que acierten á contarlas.

Acepté la invitación. Era cierto lo que dijo: qué triste, qué horrible espectáculo!

Dieron las doce de la noche: el tren que debía conducir el primer transporte de 500 heridos, era esperado á la una de la mañana, y ya reinaba la mayor actividad en los andenes y salas de descanso. Los empleados de la junta traían colchones y los colocaban á lo largo de las paredes de aquel recinto abovedado; en las salas de descanso se preparaban camas para los heridos graves, los médicos disponían vendajes; por todas partes llegaban vendas, hilas, emplastos, y los aparatos necesarios para las operaciones.

Los individuos de la junta de socorros, el infatigable Boschman con su admirable abnegación, el joven conde Wickenburg, el barón Kraus, el landgrave Fürstenberg, Franz Hautmann (dueno de una fonda), el barón Gorup, el caballero de Sutter, etc., iban y venían, dando las órdenes necesarias.

Vénse allí mazos de cigarros, cántaros de agua, centenares de vasos llenos de vino ya de frambuesa, multitud de cestos llenos de pan; sobre una mesa existen grandes tazas de sopa caliente ó de café. La junta ha pensado en todo, sus trabajos forman el único punto luminoso de este caos de desventura.

La estación se llenó poco á poco de gente que venía á ofrecerse para cuidar á los enfermos; todo el mundo quiere proporcionar algún alivio á los heridos.

Maridos y mujeres, hermanos y hermanas, madres desoladas, amigos y parientes, formaban grupos esperando ver el rostro de un ser querido. ¿Vendrá grave ó levemente herido? ¿Llegará acaso sano y salvo? Estas preguntas que pertenecen á los sentimientos dolorosamente íntimos de la familia, se discuten manifestamente, y cada uno de los espectadores contempla el farol rojo, señal de los guardas del exterior de la estación, como si aquella luz anunciase un rayo de esperanza.

En un rincón está recostada una pobre mujer con un niño en los brazos: cuarenta y ocho horas permanece en aquel sitio sin querer para nada abandonarle.

Su hijo mismo está en el ejército del Norte y no da sabe de él hace quince días. A la llegada de cada tren, la pobre mujer da algunos pasos, detiene á todos los soldados y les pregunta por su hijo; nadie, sin embargo, le dá noticias. Cuando los heridos han concluido de salir de los vagones, vuelve ella á su rincón y llora amargamente.

Una joven de ojos negros que espera á su hermano, sabe que ha sido herido; pero ignora dónde se halla. Querría cuidarle, consolarle, velar á la cabecera de su cama con el cariño y la solicitud de hermana; pero el hermano no llega. Tres trenes han llegado y no ha venido en ellos. Los ojos de la pobre chica permanecen secos y abiertos; ni puede llorar ni le es posible dormir.

Esta escena elegante, cuyo rostro expresa todo el dolor que puede sentir el corazón de una madre, es la Princesa Khevenhüller: tiene un hijo en el ejército del Norte, y no sabe si vive ó ha quedado abandonado y entre charcos de sangre en el campo de batalla: las Princesas de Taxis, que pasan la noche en la estación con la pobre madre, procuran consolarla, aunque ellas mismas temblan por la vida de otro ser querido. En otro rincón agota su ingenio un viejo tratando de probar su mujer y sus dos hijos, que su Carlos está bueno, puesto que no ha enviado despacho telegráfico, y sin embargo, para dar un triste mentís á sus palabras, dos lágrimas descienden lentamente por las mejillas de este anciano padre.

Suena la una, yése la campana de la estación, el tren entra pausadamente en el embarcadero. Todos se abalanzan hacia los vagones.

¿A dónde precipitarse? El tren cuenta 48 coches y el último está todavía lejos. cerca del puente. Los conductores abren los furgones de equipajes. ¿Qué horrible espectáculo! Allí yacen reunidos los héroes de Trautenu, de Nachod, de Gitschin, de Koenigsgrätz. Los heridos leves vienen colocados en furgones de equipajes y en vagones de transportar carbon; los graves reposan en camillas colocadas en coches de primera y segunda clase; los oficiales, por último, vienen colocados en los carruajes más cómodos que ha podido encontrarse. Todos están confundidos, el húsar al lado del artillero, el cazador cerca del soldado de línea, el dragon cerca del soldado de infantería. Austriacos y sajones están como los ha reunido la casualidad ó una fuga terrible y sin orden. Ahora principian de verdad los trabajos de la junta de socorros.

—Boschman! Boschman! gritan por todas partes.

—¿A dónde llevamos los oficiales?

—A la fonda de Munch, se contesta; hace dos días que el dueño ha pedido su contingente de heridos.

—Yo alojo á estos caballeros en mi casa, grita el dueño del Cordero de Oro: tengo ya seis, pero aun me queda sitio para otros cuatro.

M. Heydner, de la Corte austriaca, quiere asimismo tener sus heridos y hace dos horas que está esperando con un carruaje. De este modo rivalizan todos.

—Vino, refresco de frambuesa, carne, pan, cerbeza, cigarros! dijo Fochand; y todos se apresuraron á ofrecer refrescos á los heridos. Hasta 24 horas que la mayor parte de aquellos desgraciados no habían probado siquiera una gota de agua.

Las mujeres, con la caridad que les distingue siempre en semejantes momentos, se lanzaban con platos de sopa hacia los vagones. Los hombres llevaban el vino. El Landgrave Furtemberg trinchó la carne, el conde Derieckemburg fué acogido con vivas por los pobres soldados que todavía tenían fuerza para gritar: les llevaba cigarros.

Los jóvenes de las casas más distinguidas, el hijo del banquero Espringer, el barón de Kraus, el doctor Vicens, y otros muchos repartían el vino. Bien recompensados quedarán de su caridad. ¿Qué alivio daban á aquellos desdichados que han tenido que emprender una retirada de nueve millas para caer en Parauitz en parihuelas, á fin de llegar á los hospitales de Viena! ¿Y con qué alevosía tan triste de ser notada tragaban el vino y agarraban un pedazo de pan! ¿Con qué afán tomaban los cigarros, porque fumar es olvidar el dolor por un cuarto de hora! Entre tanto los empleados de la junta ponían escaleras en los vagones y ayudaban á los heridos á bajar, y ponían en camillas á los de gravedad á fin de conlugarlos á los facultativos.

Todos se auxiliaban recíprocamente: el mayor ayuda al soldado raso, el capitán da el brazo al dragon y lo ayuda á arrastrarse, los empleados cargan con los soldados á cuesta y los depositan suavemente en los jergones. Ahora comienza la obra de los cirujanos y felizmente hay una legión de ellos.

Tan pronto como se puede, se quita á cada herido el vendaje que lleva para reemplazarlo con otro, se le vuelve á vendar y se le cuida en debida forma. Hé aquí el lado luminoso del cuadro.

—Pero qué triste y lamentable espectáculo ofrecen estos pobres heridos! Heridos en la cabeza, en los pies, en el pecho, en las manos; aquí media cara de menos, aquí piés y manos cruelmente mutilados, todos cubiertos de sangre y los uniformes desgarrados! Basta. No hay una pluma que sepa describir lo que yo he visto.

De repente, resuena un grito bajo la bóveda: el joven conde Waldstein llega levemente herido y trae la noticia de que el joven Khevenhüller está sano y salvo en Parauitz.

Su madre lanza un grito de alegría: la Princesa llorando á lágrima viva dá gracias á Dios con trémulo acento por nueva tan feliz.

Ya que su hijo se ha salvado, quiere manifestar su agradecimiento prodigando sus terner cuidados á cuantos le rodean. Un soldado pide un refresco y la Princesa corre á llevarsele; por todas partes se le ve afanosos junto á los coches llevando caldo, vino, pan, cabestrillos, vendajes. Así pasa toda la noche. Su hijo se ha salvado, y por consiguiente debe socorrer á todos los soldados: quizá alguno de ellos ha sido herido por la bala que se dirigía á su hijo!

Nunca puede admirarse bastante la espléndida, la admirable organización de la junta de socorros para los heridos. Los vieneses ciertamente han gastado bien el dinero. ¡Ojalá que continúen las suscripciones! ¡Ah! los heridos son numerosos, los socorros son muy necesarios, la prontitud indispensable.

El feld-mariscal Molineri ha llegado en el primer convoy; ha rehusado la asistencia facultativa; su herida era muy ligera y ha pedido que se asistiese á los soldados. El general Ruckthl recibió á su hermano de armas que le traía las primeras noticias seguras del ejército.

Cuando los heridos desembarcaron y se fueron acomodando, entónces principiaron las preguntas. Empleados, curiosos, militares, se sentaron junto

á los colchones. ¿Y qué de cosas contaban, Dios mi!

La primera pregunta que se hace á un herido es la siguiente:

—¿En dónde has recibido esa herida?—Non du dom!—Non du dom!—Non capisco!—Non capisco! (no entiendo).—Tales eran las respuestas políglotas. Pero el remedio es fácil. Allí hay intérpretes para todas las nacionalidades. Y qué efecto tan singular el que produce una palabra pronunciada en la lengua patria! Allí se arrastra un magar de tez morena, apoyado en un palo y mordiendo se los labios, lívidos de dolor.—Baratom, lo dice un médico húngaro, poniendo suavemente la mano sobre la espalda descompatriota, Baratom, acuéstate en este colchon.

El semblante del pobre herido se reanima y el dolor no le impide hablar. Accionando con una mano y colocado el otro brazo en cabestrillo, cuenta el triste episodio de su herida y describe el trágico espectáculo de nuestro ejército del Norte.

—Mi regimiento se encontró enseguida con el enemigo. En Skaltz sucumbió una cuarta parte del mismo á los tiros de los fusiles de aguja, pero por cierto que no hemos quedado en deuda con el enemigo. ¡Ah! señor, mal han ido las cosas en Koenigsgrätz!

Y dicho esto permanece mudo. ¿Es el dolor agudo que le causa la bala enemiga, ó mas bien el pesar de haber perdido la batalla la que sella sus labios?

Tres cazadores bohemios desfilan delante de nosotros. ¡Ay! No van como á la parada; las heridas no se lo permiten.

—¿De dónde venis últimamente? les pregunta un compatriota, que ha conocido su nacionalidad por el número del regimiento.

—De Parauitz, responde uno de ellos.

Y anticipándose á una serie de preguntas, añade:

Nosotros somos de Munchengrätz, y tenemos que defender á nuestra patria contra el enemigo. Nuestro batallón ha recogido sus primeros laureles en Polonia. No los hubiéramos comprado tan caros, si el día ántes, cuando el enemigo estaba todavía lejos, se nos hubiera colocado en aquellas alturas que hemos tenido que tomar al enemigo. ¡Oh Dios mío! la miseria es grande en nuestro país. Toda la cosecha se ha dado al traste. Las espigas estaban ya á la altura de un hombre, y todo se ha perdido. ¡Ah! mi bella Bohemia.

Las lágrimas corren por las mejillas del cazador. Su corazón se oprime con el recuerdo de los campos devastados de su patria.

—¿Por qué se ha dejado entrar al enemigo para que quiebre nuestra sangre como un vampiro? exclama el cazador de la derecha.

—Y esos fusiles de aguja, señor, dijo el cazador de la izquierda, no podéis formarlos una idea de la guerra. Era una granizada de las más violentas la que caía sobre nosotros. En Koenigsgrätz aquello era espantoso. Los enemigos nos cogieron entre dos fuegos y si hay alguno que haya salido ileso es un milagro. Las balas caían como guisantes al vaciar un saco.

Este animado coloquio atrajo un gran número de oyentes. Una porción de heridos de los regimientos bohemios pasan junto al grupo: eran del regimiento Nobili Reichsach y Constantino.

—Después de la batalla de Koenigsgrätz, dice tristemente el Soldado Nobili, nuestro regimiento quedó reducido á tres compañías.

¡Kheibach! Kheibach es el que bajo las órdenes de Ramming ha debido hacer el reconocimiento del terreno peligroso entre Nachod y Skaltz. Kheibach ha quedado sin un sólo oficial, pues todos han quedado muertos, heridos ó prisioneros. Los soldados del regimiento de Constantino estaban furiosos.

—Es duro verse uno vencido en su propio país, decíame un capitán irriado, pero juro, por Dios, que no ha sido culpa nuestra. La vida nos importaba tres cominos; pero nos hallábamos mil austriacos contra seis mil prusianos; si hubiéramos sido diez mil, es seguro que treinta mil prusianos hubieran hecho llover sus balas sobre nosotros. Detrás de nosotros no había un hombre de reserva ni quien pudiera llenar el vacío que dejaban nuestras vidas. ¿Era posible en tal situación salir del apuro?

—Si, sí, es verdad; contestaba un joven camarada bajando la cabeza, aunque este movimiento debía hacerle dano por estar herido en el cuello, yo soy un zote, y ni siquiera sé escribir; pero si hubiera sido yo jefe, no habría permitido que el enemigo se apoderara de este modo del país; le hubiera detenido en Nachod, me hubiera apoderado de las montañas que el regimiento de Reissbach ha tenido que tomar por asalto, y hubiera colocado los soldados en el bosque, desde el cual impunemente nos atacaba el enemigo.

—Mucho hemos sufrido, añadía un cazador con ademán tristísimo. Expuestos á un fuego horrible, hemos tenido que permanecer formados en cuadro, sin ceder á los ataques de la caballería enemiga; pero el cuadro se rompió cuando la infantería vino en su auxilio.

—¡Todo! replicaba otro soldado; todo lo habíamos preparado para poner barricadas si el enemigo nos seguía; pero nos echó una vez más allá del puente, y echamos en óvido las barricadas. No fué el tan olvidado, pues cuando quisimos adelantarnos nuestras miras barricadas lo impidieron.

—Jesús María y José! Me Vd. que parece imposible, decían á coro los bohemios. Nosotros mismos los hemos dado la victoria á los prusianos. Aguarda, Prusia, que cuando tengamos fusiles de aguja, ya te tocará tu San Martín, decía un veterano. Juro por Dios, que si tenemos fusiles de aguja, no queda un prusiano para contarlos. Como que parecía que estábamos sin fusiles al lado de los suyos. El enemigo estuvo siempre parapetado, nos dejaba poner á tiro, nos descerajaba cuatro ó cinco descargas y se escondía. Nosotros siempre á pecho descubierto, de modo que ellos nos veían y nosotros á ellos no. ¡Demónio! ¿Por qué así?

TELEGRAMAS.

(Recibidos de la Agencia Havas-Bullier.)

PARIS, 19.—Varios telegramas dicen que Austria rehusa el armisticio. Sin embargo, nuestros informes de París aseguran que las negociaciones continúan.

Los prusianos han ocupado á Lundenburgo, ciudad situada á quince leguas de Viena, cortando las comunicaciones por el ferro-carril entre Olmutz y Viena.

Las ciudades de Darmstadt y de Frankfurt están igualmente en favor de los prusianos.

SOUTHAMPTON, 18.—El vapor «Hansa» llegado de Bremen, trae la noticia que los prusianos han tomado posesión del puerto de Geestemunde, sobre el Vesper. Participa además la creencia de que este puerto va á ser declarado inmediatamente puerto prusiano.

(Recibidos á las cinco y media de la tarde.)

BERLIN, 19.—La Correspondencia Provincial dice: Prusia pide, además de la anexión de los Ducados del Elba, la unión fuerte de Alemania, sobre todo de la Alemania del Norte, bajo la dirección de Prusia, excluyendo la influencia dominante de Austria. En cuanto á las adquisiciones territoriales Prusia exige la reunión indispensable de las provincias alemanas del Este y del Oeste.

El Emperador ha reconocido la moderación y la precisión de las demandas de Prusia, aceptándolas como bases de la paz, y ha manifestado su resolución de seguir guardando la neutralidad, si Austria se negase á conformarse á ellas.

La Correspondencia añade: «En falta sera la de nuestros enemigos, si después de nuevos esfuerzos y mayores sacrificios Prusia se muestra más exigente en el porvenir.»

FLORENCIA, 18.—Ayer los austriacos han abandonado á Borgoforte, después de un nutrido fuego de cañones.

Mientras se duda si continúan ó no las negociaciones para el armisticio; mientras se sigue esta política indecisa y de vacilaciones, Prusia va derecha á su objeto y adelante hacia Viena, cortando las comunicaciones con Olmutz, donde queda un ejército austriaco.

Es verdad que si los prusianos fuesen derrotados, la división austriaca que queda á la espalda, pudiera serles fatal.

En cuanto á la noticia de la toma de posesión del puerto de Geestemunde, debemos advertir á la Agencia Havas que nos la comunica por telegrama, que ya la hemos recibido por el correo ordinario, y por consiguiente, que avise á sus corresponsales que anden más listos y que no les lleven el dinero tan malamente.

PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra señora (Q. D. G.), su magestad el Rey su augusto esposo y excelsos hijos, se trasladaron ayer tarde al Real sitio de San Ildefonso, habiendo llegado á él á las ocho y cinco minutos, sin novedad en su importante salud.

MINISTERIO DE LA GUERRA.

REALES DECRETOS.

Vengo en nombrar vice-presidente del Tribunal Supremo de Guerra y Marina al teniente general D. Antonio Falcon y Abellan.

—Vengo en relevar del cargo de capitán general de las islas Baleares al mariscal de campo D. Joaquín Basols y Marañosa, quedando, etc.

—Vengo en nombrar capitán general de las islas Baleares al mariscal de campo D. José de Reina y Frias.

Dados en Palacio á diez y ocho de Julio de mil ochocientos sesenta y seis.—Están rubricados de la Real mano.—El ministro de la Guerra, Ramon Maria Narvaez.

MINISTERIO DE HACIENDA.

REALES DECRETOS.

Vengo en admitir á D. Juan Gonzalez Alonso la dimisión que, fundada en el mal estado de su salud, me ha presentado del cargo de director general de propiedades y derechos del Estado, declarándole cesante con el haber que por clasificación le corresponda, y quedando, etc.

—Vengo en nombrar director general de propiedades y derechos del Estado á D. Juan de la Concha Castañeda, diputado á Cortes.

Dados en Palacio á diez y ocho de Julio de mil ochocientos sesenta y seis.—Están rubricados de la Real mano.—El ministro de Hacienda, Manuel García Barzanallana.

MINISTERIO DE ULTRAMAR.

REALES DECRETOS.

Vengo en admitir á D. Fernando Vida la dimisión que me ha presentado del cargo de subsecretario del ministerio de Ultramar; declarándole cesante con el haber que por clasificación le corresponda, y quedando, etc.

—Vengo en nombrar subsecretario del ministerio de Ultramar á D. Salvador de Albacete y Alber, director general de Hacienda del mismo departamento.

—Vengo en admitir la dimisión que, fundada en el mal estado de su salud, ha hecho D. José Maria Rodriguez Sanchez del cargo de director general de negocios eclesiásticos y Gracia y Justicia del ministerio de Ultramar, declarándole cesante con el haber que por clasificación le corresponda, y quedando, etc.

—Vengo en nombrar director general de negocios eclesiásticos y Gracia y Justicia del ministerio de Ultramar á D. José Nacarino Brabo, director cesante del ministerio de la Gobernación y magistrado que ha sido de la Real Audiencia de las islas Filipinas.

—Vengo en admitir á D. Manuel Aguirre de Tejada la dimisión que me ha presentado de los cargos de director general de administración y fomento del ministerio de Ultramar, y vocal ponente de la junta creada para abrir una información acerca de la reforma de las leyes de las Antillas; declarándole cesante con el haber que por clasificación le corresponda, y quedando, etc.

—Vengo en admitir á D. Benjamin Fernandez Vallín la dimisión que me ha presentado del destino de oficial de la clase de primeros del ministerio de Ultramar; declarándole cesante con el haber que por clasificación le corresponda, y quedando, etc.

—De

